

Bibliografía

LA SOCIOLOGÍA ACADEMICA LIBERAL

Irving Louis Horowitz, *Ideología y utopía en los Estados Unidos (1956-1976)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980, 436 páginas.

En el libro de Horowitz se define la ideología liberal demócrata y el pensamiento conservador desde la perspectiva de un Estados Unidos retraído en el que hubo, de 1956 a 1976, una larga serie de conflictos, crisis y problemas sociales. Ello se manifestó, por ejemplo, en el surgimiento de 150 distintas organizaciones por la paz, varios magnicidios, luchas raciales, movimientos ecologistas, etc. En suma, una sociedad en la que parece aproximarse el fin de la política y el reinado de la disidencia por la disidencia misma, planteamiento que no es novedoso, pero que por su clara exposición y ordenamiento cobra nuevo valor en el texto. Su autor, maestro de la Universidad de Rutgers y director de la revista liberal *Transaction/Society*, participó en la campaña de precandidatura de Robert Kennedy y se le considera, con Alvin Gouldner, heredero de C. Wright Mills.

“La experiencia norteamericana de la derrota nacional, la forma más acusada de la tragedia, constituye el tema de esta antología de ensayos” (p. 16). Escritos de 1956 a 1976, se publicaron en diversas revistas y compilaciones; el autor hizo correcciones mínimas y agregó algunas notas. De este modo, el libro puede dividirse en dos partes: la que trata de la descripción del conflicto, el problema, etc., y de su análisis en un contexto inmediato, y la que constituye la gran argumentación por la paz.

Dentro de las acciones agrupadas en la política presidencial estadounidense se encuentra la política del asesinato, que en los casos de Luther King y Robert Kennedy sirve para deificar la violencia del crimen, restándole lugar a las interpretaciones objetivas. Por ejemplo, es un mito decir que tales atentados afectan profundamente el curso de la historia, lo que equivale a pensar que los líderes gobiernan como dictadores autónomos. A su vez, el asesinato produce desocialización política: puertorriqueños, negros, mexicano-norteamericanos, ya no podrán votar. Asimismo, el asesinato de Kennedy y la posterior polarización del Partido Demócrata, vuelve “lógica” la postulación de Nixon.

Es por ello que en las campañas de Wallace y Nixon se observa el mismo creciente populismo partidista. “La lección primordial que debemos aprender es que no debemos asentar la base de un partido sobre los hombros frágiles de un solo individuo”, concluye Horowitz (p. 36).

Por otra parte, el militarismo presidencialista tiene en Lyndon B. Johnson al presidente de credo liberal (Ley de los Derechos Civiles de 1964, Ley de Derechos de Votación de 1965, Ley de la Vivienda Justa de 1968) y al Comandante en Jefe conservador (República Dominicana, 1965; Viet Nam), hombre que armoniza el anticomunismo del Departamento de Estado con la enorme ola de tecnología militar del Departamento de Defensa.

De Johnson, el falso liberal, deriva el autor a J. Edgar Hoover, quien durante muchos años fuera director de la FBI, funcionario “de la época prístina del anticomunismo primitivo” (p. 54), creador del nexo, siempre negado, FBI-John Birch Society, y convertidor de la FBI en agencia de colocaciones. En efecto, como Hoover mismo lo dijera, vicepresidentes de Ford Motor o American Airlines, congresistas o senadores habían sido agentes del organismo que él dirigía.

En la misma línea, Horowitz reseña cómo la “europeización” y la “polarización” de demócratas y republicanos llevó, en parte, a restar poder a la legislatura y a crear un “Estado de Guarnición”: la presidencia hace a un lado a Estados Unidos en Watergate. Si había o no más corrupción *antes*, es debatible, opina el autor; lo que sucede es que ahora resulta innegable.

En el capítulo II se reseña la política de las clases y las razas, con las siguientes conclusiones: no hay definición en ciencia social de lo que es una etnia y tampoco se le puede encuadrar dentro de las clases sociales; lo primero se debe a la suma de variables difícilmente manejables y lo segundo a que Estados Unidos es una nación *hobbessiana*, en donde no opera con el debido rigor la oposición de clases. Por otro lado, al existir una política de corte racista, resulta lógico el advenimiento de una corriente étnica, lo cual se suma a una revisión del modelo de “hombre americano”.

El enfoque urbano de las clases y las etnias se hace evidente en las ciudades divididas: barrios pobres de negros

en el viejo centro (Bronx, como modelo) y suburbios lujosos para blancos. En 1965, "las zonas habitadas por negros y chicanos tenían una proporción de viviendas inadecuadas igual a 3.5 veces la proporción existente en las zonas de blancos" (p. 86). La "polarización" se expresa también en movimientos del tipo de las Panteras Negras, por un lado, y en organizaciones paramilitares de barrio en los suburbios, por otro. Lo étnico y la pobreza, en estos casos, son una sola cosa. El gobierno federal desarrolla programas de asistencia que han sido inadecuados. Así, cada vez es mayor el aumento de la riqueza en los suburbios, en detrimento del "interior de la urbe". En el aspecto político, Horowitz dice que la noción de democracia "se vuelve tirante y tenue" cuando una sola persona representa los intereses de más de un millón de ciudadanos.

Según el autor, la clase trabajadora sufre fragmentaciones que pueden atribuirse, en parte, a la profesionalización; observa también una cierta tendencia de las masas hacia el *statu quo*, a no tener posibilidades de generar movimientos radicales de izquierda o de derecha. Como clase, no parece tener proyecto, ni objetivo o necesidad de lucha; de ahí que el autor termine por repetir el esquema de Mills sobre el cambio y las élites en el poder.

Dicho esquema se confirma en la política ideológica estadounidense, formada por dos corrientes opuestas. El conservadurismo, nacido con el país y que ahora deriva hacia el neofascismo o hacia un vago liberalismo basado en lo que Horowitz llama una "fijación biológica de la posición socioeconómica" (p. 150), de donde provienen conceptos como "el dios histórico", "la voluntad cósmica", "la sanción moral de Dios", etc. Al contrario, el liberalismo se pertrecha de ideas racionales como "el gobierno de los hombres y la ley", "derechos del hombre", etc., dentro de un optimismo que supone siempre el respeto del marco legal democrático, y que en este sentido promueve la disensión política. Una tercera posición, el radicalismo de izquierda, propio de los jóvenes, aparece como producto de una sociedad individualista y competitiva, lo que lleva a crear un "desafío" basado en la pobreza como medio y estilo de vida. Con los epítetos de "literaria" y "soreliana" Horowitz califica a esta corriente de pensamiento.

La última nota de este capítulo trata sobre la política de libre negociación entre el capitalismo, el comunismo y el transnacionalismo, con la cual ha sido posible que Pepsi Cola Corp., Hertz, Pan American y muchas empresas más tengan tratos comerciales con los países socialistas. A su vez, el capital bancario estadounidense se ha incrementado con préstamos a países del CAME, cuya deuda con los bancos occidentales era de 22 500 millones de dólares en 1974. Se considera que el desarrollo del comercio mundial es tan impresionante que podría preverse una sola bolsa internacional para las acciones de las grandes corporaciones. Horowitz plantea un futuro inmediato muy promisorio y, exagerando su optimismo, augura la internacionalización del proletariado, el desarrollo del Tercer Mundo, etc., gracias a que "la multinacional es un paso gigantesco hacia la economía internacional, no menos alejada de la hermandad socialista que los socialismos nacionales" (p. 196).

En el capítulo IV, "La política sociológica", el autor

cuestiona a sus colegas, sobre todo a los ingenuos que formaron parte del Proyecto Camelot. Este famoso proyecto del Departamento de Defensa de Estados Unidos (1965), con el aval de la American University y el reclutamiento de científicos sociales en América Latina, se proponía crear un modelo de gobierno mediante el estudio de las revoluciones y los golpes de estado en el continente. Por supuesto que el Camelot no prosperó: al tratarse de llevar a cabo en Chile, el mismo embajador de Estados Unidos se vio obligado a protestar, dada la obvedad de las pruebas que mostraban una política de injerencia. Luego de tal fracaso se descubrieron varios proyectos más del sector militar; de este modo, también se descubrió que los sociólogos estadounidenses carecen de un código ético y son muy miopes en relación no sólo con sus "ciencias de la conducta" sino con su modo de contemplar la política en América Latina.

Los "Documentos del Pentágono", publicados por *The New York Times*, revelaron la asesoría de economistas, analistas, etc., en la guerra de Viet Nam, así como algunas verdades poco conocidas. Por ejemplo, desde el gobierno de Truman existía la posibilidad de intervenir en Indochina; durante el período de Eisenhower, el secretario de Estado, John Foster Dulles, se negó a aceptar los acuerdos de paz franco-vietnamitas; a partir de Kennedy, la invención de provocaciones y la preparación de la escalada eran un hecho.

Horowitz hace una sola unidad con los asesores, élite militarista, CIA y organismos afines, lo cual le permite enfocar su crítica a la libertad presupuestaria y operativa de que gozan los aparatos de vigilancia-espionaje. Afirma que, pese al gran debate sobre el tema, lo cierto es que los inculpados nunca aparecen, quedando tan limpios en su biografía como al principio de la serie de escándalos. Esta situación no se da en el caso de cuatro universitarios, famosos desde 1960 por sus virtudes "en la estrategia y en las tácticas del terrorismo militar", cuyos nombres son: Herman Kahn, Thomas C. Schelling, Henry A. Kissinger y Albert Wohlstetter (véase la p. 295).

Así, el capítulo dedicado a la política militar se inicia con la crítica a la concepción de la guerra mediante los juegos matemáticos de probabilidades, que fueran tan sonados precisamente a raíz de la colaboración abierta de la academia en los organismos de defensa. Por otro lado, las actividades permanentes del militarismo son ampliar la difusión de los poderíos militares y la posibilidad misma de intervención armada, lo cual sirve de premisa a la lógica de la agresión. Lo anterior se sostiene con una partida para la defensa de alrededor de 10% del presupuesto nacional, además de muchas empresas que se benefician directa o indirectamente con la producción bélica.

Horowitz insiste en las posibilidades de una conversión económica hacia la paz, señalando las ventajas del bienestar social, salud pública, etc. Luego de un inventario global de las corrientes pacifistas en Estados Unidos, que incluye a Marcuse y la quema de banderas, el autor termina con la proposición del multilateralismo por encima del bilateralismo estadounidense-soviético.

Por último, y recapitulando, se hace esta pregunta: ¿cuál es el fin de la política? La sociología procura estudiar la

disidencia, el llamado gran desafío social, desde un punto de vista terapéutico y no político. De modo encubierto, el disidente se convierte en marginado político, y la desobediencia civil en delito. En los disturbios raciales de Watts (agosto de 1965: 34 muertos, 1 032 lesionados y 4 000 arrestos) fue evidente la incapacidad de la policía del condado y tuvo que ser llamada la Guardia Nacional; tan enorme desproporción sólo indica la imposibilidad sociopolítica de resolver el conflicto. Con la misma óptica de tipo paramilitar se sigue controlando el problema de los barrios miserables negros (pp. 368-369).

Asimismo, la nueva izquierda, al comprender que es prácticamente imposible participar en política, se dedica a perturbar, acción característica del movimiento estudiantil. Algo parecido sucede con los Minutemen, organización de extrema derecha que se vale de armas y explosivos, así como de tácticas de infiltración en su guerra particular contra la disidencia. En este ámbito, merecen consideración especial los movimientos ecologistas, ya que según Horowitz constituyen una respuesta higiénica y limpia a "la suciedad, la basura, el sexo y el pecado", bajo una concepción reaccionaria, identificada con un falso ruralismo de siglo XIX.

El libro termina con una reflexión sobre la República y cómo salvarla: "Cualquiera que sea la solución, podemos esperar que la nueva revolución en la sociedad norteamericana sea una revolución de expectativas decrecientes; no crecientes. O dicho en términos más optimistas: a medida que los Estados Unidos se conviertan en parte de la comunidad mundial, deben compartir las cargas de los demás" (p. 417).

Como se puede apreciar, los ensayos que constituyen este libro contienen todos los lugares comunes de la crítica a la sociedad estadounidense, más una tesis pacifista y una proposición moral. Estos elementos, como conjunto, se leen de un modo diferente, aunque el tratamiento de ensayo sociológico es inmejorable en su desglose de ideas y conceptos. Así, Horowitz comparte el vasto universo del ensayo y la revista en Estados Unidos, cuyas bases son un alto nivel profesional y entera libertad de expresión, para lograr reunir veinte años del proceso político de ese país. *Gerardo Fulgueira*.

SI BELICE TUVIERA UN CARPENTIER...

María Emilia Paz Salinas, *Belize. El despertar de una nación*, Siglo XXI Editores, México, 1979, 188 páginas.

Si Belice tuviera un Carpentier, ya habría escrito más de una leyenda acerca de las andanzas de algún indio autóctono en su encuentro con los navegantes españoles, los esclavos africanos, los mercaderes holandeses, los agricultores menonitas, los braceros indostanos, los aventureros judíos y portugueses, los corsarios ingleses, en fin, frente a todos aquellos viajeros que se volcaban en las costas caribeñas seducidos por la leyenda de El Dorado, leyenda que cobraba vida en el abrumador esmeralda de los bosques inmensos que los recibían en cuanto pisaban tierra americana.

A través de la narración histórica o de la historia novelada de un Carpentier beliceño conoceríamos las correrías de algún arrojado aventurero británico cuya rapacidad y codicia igualarían, sin duda, a su dinamismo y capacidad de empresa, como ese Peter Wallace que llegó a tierras centroamericanas en compañía de 80 piratas y cuyo nombre provocó igual número de conjeturas acerca de su influencia en la palabra Belice. Algo sabríamos respecto al arribo del conde de Warwick y sus seguidores puritanos en 1631 a las diminutas islas cercanas a la Costa de los Mosquitos; se habría precisado si fueron derrotados por los navegantes españoles o si huyeron a causa de los embates de los famosos insectos. Nuestro hipotético narrador algo habría escrito acerca de los colonos que explotan el tinal abundante en Campeche, Quintana Roo y Belice, cuyo zumo rojizo enriqueció a los piratas que iban y venían por los mares con cargamentos de ese palo de campeche para venderlos a los artesanos textiles de Europa.

La antigua Honduras Británica hoy es Belice, un país de 22 953 km², con una población de 129 063 habitantes, de acuerdo con datos de 1975, formada por una mayoría de negros y mestizos; por amerindios (mayas), caribes (fusión de negros con amerindios caribeños) y un conjunto de minorías que incluye desde criollos, blancos y árabes hasta menonitas de origen alemán, en su mayoría procedentes de Chihuahua. Semejante mezcla de razas hace de Belice un caso específico, incluso dentro de la región caribe, región que fuera, en el pasado remoto, el sitio de reunión de tres razas que no se habían encontrado jamás: la blanca de Europa, la india de América y la negra de África, para citar a Carpentier.¹

Aunque la mitad de la población acostumbra hablar el español, la lengua oficial es el inglés; también se habla el complicado creole beliceño y diversos idiomas indígenas, como el maya y el arawak, y algunos dialectos. En cuanto a religión, predomina el catolicismo, aunque convive con el protestantismo, la iglesia anglicana y diversas sectas cristianas. En la actualidad, el imperio británico está representado por el Gobernador, quien preside la Asamblea Nacional. El sistema es parlamentario y el poder ejecutivo lo ejerce el Primer Ministro, quien encabeza el Gabinete y responde ante el Parlamento.

El país está dividido en seis distritos, cada uno con su delegado respectivo. La capital es Belmopan y las ciudades más importantes son Belize City, Benque Viejo, Corozal, Orange Walk, Punta Gorda, Stann Creek y San Ignacio. En ellas se concentra la mayor parte de la población.

Los bosques ocupan cerca de 17 000 km², o sea más de 90% del territorio, por lo cual prosigue la explotación de la caoba y el palo de campeche, pese a que han sido objeto, durante siglos, de la tala desmedida por parte de los británicos. La ganadería comienza a extenderse apenas. La exportación está centrada en los cítricos y el azúcar, por parte de un consorcio británico, y la alimentación básica del pueblo consiste en arroz, maíz y frijol. El petróleo representa, todavía, una riqueza potencial.

1. Alejo Carpentier, *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos*, Siglo XXI Editores, México, 1981, p. 181.

Los problemas políticos de Belice con Guatemala se remontan al siglo pasado. Desde mediados del siglo XVI los navegantes españoles dejaron de interesarse en las regiones beliceñas que, en cambio, se convirtieron en los sitios preferidos de los piratas ingleses que navegaban en esas aguas. Tras abordar las naves hispanas y arrebatarles sus valiosos cargamentos, los corsarios al servicio del imperio británico elegían las costas de Belice para abastecerse y recuperar energía.

En 1690, Gran Bretaña y España firmaron un tratado por el cual esta última reconocía los derechos de los ingleses sobre los territorios americanos y las Indias Occidentales bajo el poder del imperio británico. En 1763, el Tratado de Paz de París otorgó a los colonos ingleses el derecho de explotar los bosques de la Costa de los Mosquitos. Después, en 1782, el Tratado de Paz de Versalles limitó dicha explotación a la zona situada entre el río Belice y el río Hondo, sin incluir las islas y los cayos. En 1785 los británicos renunciaron al dominio de la Costa de los Mosquitos, aunque España les concedió la explotación maderera de las regiones del sur, hasta el río Sibún, sin permiso para cultivar la tierra con plantaciones de azúcar, cacao u otros productos. En relación con esto, en el libro citado Carpentier indica que, al contrario de los españoles, los ingleses y franceses no acudían a las tierras americanas con la idea de establecerse en forma definitiva; se limitaban a crear almacenes de intercambio comercial, y aunque éstos fueran atendidos por “colonos”, en realidad sólo se trataba de comerciantes.

Sin embargo, después de una batalla famosa (conocida como la batalla de Saint George's Cay), los ingleses lograron asentarse con firmeza en Honduras Británica para explotar toda la madera que les viniera en gana, aunque el parlamento británico continuaba reconociendo que los derechos y la soberanía del país continuaban en poder de España.

Los límites de la antigua Honduras Británica nunca se establecieron con precisión, hasta que Gran Bretaña celebró con México, en 1826, y con Guatemala, en 1859, sendos tratados a fin de resolver todo un mar de contradicciones surgidas con esta última respecto de la delimitación del país. El tratado que Guatemala firmó con Gran Bretaña en 1859 fijaba la frontera entre Guatemala y Honduras Británica desde la desembocadura del río Sarstún hasta las cataratas de Gracias a Dios; hacia el norte, en dirección hacia las cataratas de Garbutt, sobre el río Belice, y desde allí siempre hacia el norte, hasta el límite con México. Ambas partes se comprometieron a construir un camino que iría desde la costa hasta la capital guatemalteca; empero, jamás se construyó, pese a lo cual Guatemala sostiene que sus derechos sobre Belice continúan vigentes. México firmó un nuevo tratado con Gran Bretaña en 1897 y, desde entonces, la relación entre ambos países ha estado libre de conflictos.²

Esta breve descripción de los conflictos anglo-guatemaltecos se extiende en la obra de Paz Salinas hasta cubrir cerca de la mitad de sus 188 pequeñas páginas. En la primera mitad del libro, la autora señala los datos citados, la dependencia de las importaciones, el bajo ingreso per cápita,

la elevada tasa de mortalidad infantil, la carencia de agua potable y de energía eléctrica, la concentración de la población rural en las ciudades, todo ello con base en cuadros estadísticos

Empero, en esto se queda un libro que pudo ser excelente, en virtud de que el tema, y la preparación que se supone que posee la autora, brindan todos los elementos necesarios. No obstante, a mi juicio no es más que uno de tantos trabajos provisto de numerosas estadísticas, de varias citas de Lenin, tedioso y escrito con descuido. Además, la autora parece embrollarse al arribar a sus conclusiones. Por un lado reconoce que “tres siglos de coloniaje no desaparecerán de la noche a la mañana” y también que casi 95% de la población sabe leer y escribir.

Mientras numerosos beliceños del ala conservadora se resisten a dejar de depender de Gran Bretaña, ante el temor de caer en manos de Guatemala, la autora cree que la solución es “canalizar el ansia libertaria de una nación a través de programas que redunden en favor de la gran masa”. Sin embargo no dice quién debe realizar dicha canalización, aunque antes ha reconocido que, en caso de darse la independencia, “Belice accederá a ella totalmente indefenso”. Jamás acierta la autora a considerar un elemento crucial, sin duda, tanto para Gran Bretaña como para Guatemala (y Estados Unidos a sus espaldas): el de Belice como futuro productor y exportador de petróleo. *Graciela Phillips.*

CIUDADES DE CAMPESINOS: CIUDADES LATINOAMERICANAS

Bryan Roberts, *Ciudades de campesinos. La economía política de la urbanización en el Tercer Mundo*, Siglo XXI Editores, México, 1980, 303 páginas.

El poco interés que ha despertado este libro es injusto. *Ciudades de campesinos* es una obra que de la manera más seria y metódica alumbra sobre las contradicciones del sistema capitalista en el ámbito del Tercer Mundo. Particularmente, América Latina es vista por Roberts como un ejemplo clásico del anacronismo que representa la ciudad central en nuestros diversos países, anacronismo que se refleja en unas industrialización y urbanización precarias, que exigen el abandono del campo y la inadaptación de los campesinos a un mundo que les es ajeno. El mayor problema de todo esto ocurre cuando las ciudades se convierten en verdaderos núcleos de población campesina, que no son sino los ejércitos del trabajo creados por el sistema. Ante esta perspectiva ¿es posible el cambio social?

Roberts está consciente de la dificultad que implica una respuesta categórica a este cuestionamiento. En última instancia, debemos tomar el siguiente párrafo no como una visión optimista sino como el resultado de una realidad que, al estarse dando, no puede dejar de negarse:

“A medida que la economía se va centralizando cada vez más —dice Roberts— y que las ciudades se planean de modo de elevar al máximo el uso económico y eficiente del es-

2. Daniel Waksman Schinca, “Belize, pasado y presente”, en “El Gallo Ilustrado”, suplemento dominical de *El Día*, México, 31 de julio de 1977.

pacio, también los actos del Estado pueden llegar a entrar en conflicto con los intereses de la masa de la población. Obligados a vivir lejos de la ciudad, con instalaciones inadecuadas en cuanto a transportes y servicios, bien puede surgir entre los pobres la conciencia de su situación común, a pesar de la heterogeneidad de sus ocupaciones.”

Creemos que el autor es muy claro cuando afirma que una de las características de los cambios sociales en el campo consiste en los movimientos de emigración hacia las ciudades. Aquí, en esta idea fundamental de la historia latinoamericana radica el sentido del título del libro. ¿Por qué ciudades de campesinos? Muy sencillo, porque estos movimientos de emigración han contribuido a las tasas actuales de crecimiento urbano, “los inmigrantes y los hijos que éstos tienen en la ciudad constituyen un elemento importante en el cambio cultural, político y económico”.

Las ciudades latinoamericanas y en general todas las del Tercer Mundo, son eso: ciudades de campesinos, totalmente distintas a las del mundo desarrollado. Ciudades habitadas por la gente del campo; por la gente que un día cultivó el campo, pero que un día, también, lo abandonó por improductivo y por la imperiosa necesidad de integrarse a un sistema productivo basado en las modalidades del capitalismo; pero sólo en las modalidades, porque en esencia se trata de un mundo precapitalista y marcadamente colonial.

A través de la historia de América Latina, los enclaves han desempeñado —y aún lo hacen— un papel fundamental. Se trata de pequeños pero poderosos países que están dentro de un país grande pero definitivamente débil, y cuya acción, al poner en marcha la industrialización, agota los recursos naturales. Señalarlos como países es obviamente una exageración pero es una exageración necesaria para poder comprender hasta qué punto los organismos transnacionales se convierten en dueños no sólo de la materia que transforman sino del mismo terreno en el que funcionan.

Roberts señala que los enclaves han contribuido para que en América Latina no halle expansión un verdadero sistema capitalista, sino por el contrario, una actividad industrial en grado sumo definitivamente alejada de las condiciones materiales y sociales de los pueblos invadidos. Buenos ejemplos de ello son las plantaciones frutícolas en Centroamérica, en donde los trabajadores consumen, en plena selva, los artículos que la misma empresa les vende.

“La industrialización —escribe Roberts— ha traído cambios importantes en las relaciones económicas con los países desarrollados. En un continente escaso de capital y con preferencias de consumo similares a las del mundo desarrollado, la industrialización ha seguido el patrón del capital intensivo que se observa en los países más avanzados. La dependencia de las naciones subdesarrolladas ha pasado a ser tecnológica. Las compañías extranjeras montan operaciones dentro del país subdesarrollado y éste produce mercancías de consumo básicas e importa la tecnología de aquéllas. Estas empresas se aprovechan de los costos bajos de producción que privan en los países subdesarrollados, para poder así exportar sus manufacturas tanto al mundo desarrollado como al subdesarrollado... Una de las consecuencias más evidentes es el estancamiento en que caen las regiones del interior a causa

de la concentración del crecimiento económico en unas pocas grandes ciudades.”

Señala el autor que hay que tomar en cuenta que una gran proporción de la población latinoamericana aún trabaja en la agricultura y vive en pequeños poblados y aldeas rurales. La marginación en que vive esta gente, en un proceso contradictorio, seca, acaba por estrangular el cultivo de la tierra, para fomentar un comercio a pequeña escala que obviamente no preocupa a las grandes empresas y que no tiene ningún significado de avance para el país. Muy por el contrario, se produce un estancamiento mercantilista que tiene sus raíces en un campesinado que, más que adaptado, fue asimilado por el imperialismo económico.

Muy acertado es el juicio de Roberts de que la comercialización, en la mayor parte de las áreas rurales, significa que no se puede distinguir claramente entre lo urbano y lo rural, pues “la empresa económica abarca tanto lugares rurales como urbanos” y “las pautas de consumo del poblado pueden ser de escala distinta a la de la ciudad, pero no son de distinta especie”. Prueba de ello es que en los poblados se encuentran “radios de transistores, televisores y refrigeradores” y en “las tiendas de los pueblos se venden alimentos enlatados, bebidas embotelladas, detergentes e insecticidas”.

El enfoque clasista de Roberts está contra toda duda. Será por ello que *Ciudades de campesinos* no ha llamado mucho la atención entre los estudiantes de ingeniería o, aún más, entre los especialistas prácticos de la urbanización.

Creemos, sin embargo, que una revisión de este libro es forzosa. Es un absurdo querer olvidar que detrás de las planchas urbanas, detrás de los conjuntos de concreto, se hallan serias contradicciones. Las contradicciones de una sociedad con un desarrollo débil, con el subdesarrollo (vale decir aquí en su sentido más apegado) cuya economía está en manos de un imperialismo que no hace falta nombrar por ser de todos conocido.

América Latina, este tercer mundo que socialmente ha desentrañado Bryan Roberts es —*Ciudades de campesinos* lo demuestra— una economía dependiente, una política dependiente, una burguesía dependiente (una lumpen-burguesía, para emplear el término justo, según la denominación gunder-frankiana), etc. No se espere, entonces, que la urbanización se aleje de esta dependencia cuando la propia urbanística está ante un problema social que tiende a ignorar.

Mas, con todo, no podemos dejar de sentir como una certeza, además de un deseo socialmente justo, las últimas líneas de Roberts en *Ciudades de campesinos*: “aun cuando las fuerzas que hacen tender al cambio en América Latina son quizá de mayor magnitud que en ninguna otra parte, también es cierto que las que resisten a apartarse de las pautas actuales de desarrollo urbano concentrado también son mayores. En ese continente, la libertad de acción de aquellos que aspiran al cambio se halla coartada, aun cuando, de igual manera, lo más probable es que la urgencia del problema dé aliento a esfuerzos heroicos”.

No debe caber la menor duda en esto. Si el hombre cambia, ¿por qué no las ciudades? *Juan Domingo Argüelles.*

obras recibidas

Jan Annerstedt y Poul Engberg-Pedersen

Actividades coordinadas de investigación y desarrollo en materia de tecnología en los países en desarrollo: cooperación regional para reforzar la capacidad local de innovación, doc. TD/B/C.6/63, UNCTAD, Ginebra, 1980, IV + 38 páginas (mimeo.).

Pascal Arnaud

Estado y capitalismo en América Latina. Casos de México y Argentina, Siglo XXI Editores, México, 1981, 242 páginas.

CEPAL-Centro Latinoamericano de Documentación Económica y Social (CLADES)

Cepalindex (Resúmenes de documentos CEPAL-ILPES, 1305-1718), vol. 3, núm. 1, ONU, Nueva York, 1980, 301 páginas (hasta 1979 el título de esta publicación era *Cladindex*).

Coordinación General de los Servicios Nacionales de Estadística, Geografía e Informática

Inventario de información geográfica, núm. 1, SPP, México, enero de 1981, 32 páginas (trimestral).

Nomenclátor de Guanajuato, SPP, México, 1980, 139 páginas.

Síntesis geográfica de Guanajuato. Anexo cartográfico, SPP, México, 1980, 17 mapas.

Alfredo de la Cruz Gamboa (selección de textos y prólogo)

Valentín Gómez Farías, forjador de la reforma liberal, Liga de Economistas Revolucionarios de la República Mexicana, A.C., México, 1980, 159 páginas.

Diane Elson y Ruth Pearson

The Latest Phase of the Internationalisation of Capital and its implications for Women in the Third World, Discussion Paper, Institute of Development Studies, University of Sussex, Brighton, Inglaterra, 1980, 42 páginas.

Ana María Escurra y Cayetano DeLella

La UPI en Puebla. Manipulación ideológica de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Comisión Latinoamericana de Educación Cristiana (Lima, Perú) y Centro de Estudios Ecuménicos, México, 1980, 351 páginas.

Instituto Salvadoreño de Comercio Exterior

Estadísticas de comercio exterior de El Salvador, año 1, núm. 1, San Salvador, 1980, 30 páginas (semestral).

Miguel Othón de Mendizábal

La minería y la metalurgia mexicana (1520-1943), Cuadernos obreros, núm. 24, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano (CEHSMO), México, 1980, 115 páginas.

Arturo Obregón

Alberto Santa Fe y la Ley del Pueblo, 1878-1879, Cuadernos obreros, núm. 22, CEHSMO, México, 1980, 89 páginas.

Gérard Pierre-Charles

El Caribe contemporáneo, Siglo XXI Editores, México, 1981, 413 páginas.

Juan Carlos Puig

Doctrinas internacionales y autonomía latinoamericana, Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Universidad Simón Bolívar y Fundación Bicentenario de Simón Bolívar, Caracas, 1980, 316 páginas.

Redacción "Ciencias Sociales Contemporáneas"

Revolución y contrarrevolución en Chile; t. 2, Significación histórica e internacional de la experiencia chilena, Academia de Ciencias de la URSS, Moscú, 1980, 241 páginas.

Bryan Roberts

Ciudades de campesinos. La economía política de la urbanización en el Tercer Mundo, trad. del inglés de Martí Mur, Siglo XXI Editores, México, 1980, 303 páginas.

Secretaría de la UNCTAD

Aplicación de los reglamentos sobre transferencia de tecnología. Análisis preliminar de la experiencia adquirida en América Latina, Filipinas y la India, UNCTAD, doc. TD/B/C.6/55. Ginebra, 1980, 43 páginas (mimeo.).

El sector de la elaboración de alimentos en los países en desarrollo: algunas tendencias recientes de la transferencia y el desarrollo de tecnología, doc. TD/B/C.6/66, UNCTAD, Ginebra, 1980, IV + 42 páginas (mimeo.).

Principales problemas tecnológicos del sector de la energía en los países en desarrollo, doc. TD/B/C.6/65, UNCTAD, Ginebra, 1980, IV + 23 páginas (mimeo.).

El sector de los bienes de capital de los países en desarrollo: problemas tecnológicos que requieren nuevas investigaciones, doc. TD/B/C.6/60, UNCTAD, Ginebra, 1980, VI + 60 páginas.

SPP, Coordinación General de los Servicios Nacionales de Estadística, Geografía e Informática

Ley de Información Estadística y Geográfica, SPP, México, 1981, 32 páginas.

Universidad Nacional de Colombia

Cuadernos de Economía (segunda época), vol. 1, núm. 2, Departamento de Economía, Facultad de Ciencias Económicas, Bogotá, primer semestre de 1980, 232 páginas.

David Weir y Mark Schapiro

Circle of Poison. Pesticides and People in a Hungry World, Institute for Food and Development Policy, San Francisco, 1981, XII + 96 páginas.

Eduardo White con la colaboración de Silvio Feldman

La función de las empresas pequeñas y medianas en la transferencia internacional de tecnología: problemas que hay que investigar, doc. TD/B/C.6/64, UNCTAD, Ginebra, IV + 68 páginas (mimeo.). □